



magos, y según la unión de los planetas ó el tema de la natividad, dan á sus hijos tal reino ó tal nombre; todo descansa en la superstición.

Por esto fué violenta, supersticiosa, idólatra y cruel, la conquista de la Arabia.

Es preciso comprender bien la relación de sus barbaries, es preciso contemplar á Mar-de-Kempad imponiendo á los vencidos un horroroso tributo de víctimas y exigiendo todas las tardes dos sesos humanos para calmar el hambre devoradora de los dragones de sus espaldas (1).

Creviendo el tirano que el hijo de Djem vengaría sus crímenes, le manda buscar para ahogar en su inocente sangre sus remordimientos y desesperación, único patrimonio de los déspotas.

Una vez hallado, el tirano hace sufrir al desgraciado hijo de Djemschid el suplicio que á su padre; créese tranquilo, pero no: la justicia divina ha salvado á *Féré-Méhé*, viuda de *Abtehin*; lleva en su seno al salvador de Irán. *Feridoun*, alimentado con los pastos del Cáucaso, por una vaca de variados colores como el pavo real, confiado después al cuidado y dirección de un anciano, oye la voz de los genios que proclaman su futura grandeza. Se da á conocer á los fieles compañeros de su infancia, y los pueblos, cansados del sangriento yugo del extranjero, se levantan á su voz.

Con la nueva de estos triunfos, *Zohak* se turba; agitado furiosamente, hace asesinar á familias enteras, demoler moradas, devastar los campos y matar los rebaños. El odio del pueblo llega á su colmo. Hé aquí la relación de su caída:

«Había en Ispahan un hombre, que era padre de dos hermosos jóvenes, dotados de una

(1) *Mar-de-Kempad*, el señor de los dos dragones. «Este príncipe tenía sobre sus espaldas una excrescencia, que parecía la cabeza de una serpiente. Ocultaba con esmero esta enfermedad. Cuando Dios quiso castigarle, las excrescencias se le hicieron úlceras, que le causaron agudísimos dolores. Una noche vió en sueños á un anciano que le persuadió de que un solo remedio podría curarle sus padecimientos, y este era el de que colocara en sus llagas sesos humanos.» Dubeux, *La Persia*, p. 222.

naturaleza extraordinaria. Un día cogieron á estos dos jóvenes y los dieron muerte. Este hombre se llamaba *Cavéh*. Era herrero, y trabajaba en un cobertizo delante de su casa, cuando fueron á anunciarle que habían cogido á sus hijos y les habían dado muerte. Al punto salió de su cobertizo, y en medio de su turbación y justa cólera, echó á correr por la ciudad, y sin reparar en la badana de cuero que usan los herreros para defenderse del fuego. Comenzó á dar gritos de desesperación en Ispahan, á los cuales acudieron infinidad de personas, que lo rodearon bien pronto. Los habitantes de Ispahan estaban aterrorizados con la crueldad de *Dhohák*; levantáronse en masa con el herrero *Cavéh* á la cabeza, y atando á una de las extremidades de un palo la badana que le cubría, hendía con ella los aires en señal de bandera.» Dió muerte al favorito de *Dhohák*, se apoderó de sus tesoros y de sus armas, y avanzaron contra *Dhohák*. «Gentes de todos partidos y de todas las ciudades iban á aumentar sus filas; pues los súbditos de *Dhohák*, ya estaban cansados de su yugo.» *Cavéh* reunió cien mil hombres en derredor de su persona, y les dijo: «Elegid soberano, á fin de que le oponga á *Dhohák*, y pueda yo recibir sus órdenes.»

Ellos le respondieron: «Sé tú nuestro rey; nosotros te aclamamos.» *Cavéh* les respondió: «Bien sabeis vosotros que no podría cumplir convenientemente con los deberes de un rey; pero hay un príncipe de familia real llamado *Afridoun*, á quien podreis elegir....» Y *Cavéh* le hizo entrega de todas las tropas, tesoros y armas, las cuales libraron batalla contra *Dhohák*, derrotándole y haciéndole prisionero, y dándole al fin su merecida muerte para poder ensalzar á *Afridoun* en su trono (1).»

Afridoun sometió todo el territorio del Irán; colmó de honores al herrero de Ispahan, aceptando que su badana de cuero fuera el estandarte sagrado de la Persia.

Así triunfó el bueno, el afortunado *Afridoun*. Todo es grande é imponente en este monarca; con la cabeza ceñida por el famoso *Kulah-Schahy* (1) (corona real), que llevaron después

(1) *Chron. de Tabari*, 43, p. 110.



de él todos los reyes del Irán; teniendo en la mano el cetro de cabeza de vaca, símbolo de reconocimiento por el alimento de la montaña; decorado con el ceñidor real, *Kemer-schahy*, y del tahali, adornado de pedrería. *Baré*, cubierto de un vestido deslumbrador, calzado de borceguíes de púrpura, se sienta sobre el trono de su abuelo *Djemschid*, y recibe los homenajes de todos los *Merzeban* y los *Schuturban* (sátrapas) de su imperio; después distribuye á los jefes del ejército los collares, los ceñidores y ricos vestidos, en testimonio de gratitud y recompensa de valor.

Su autoridad fué reconocida en casi todas las comarcas del Asia Oriental. La misma India, después de tres campañas, se vió obligada á someterse á la soberanía del schah.

«Próspero hubiera sido el largo reinado de *Feridoun*, á no haber tenido disturbios que lamentar,» dicen los historiadores persas. Infortunios domésticos vinieron á turbar su suerte. El sábio monarca leyó en los astros siniestros presagios; las estrellas de sus tres hijos, *Selem*, *Tour* é *Iredj*, pasaban por terribles conjunciones. Quiso evitar las desgracias previstas, y se preparó para otras mayores. Dividiendo su imperio en tres diferentes Estados, dió al favorito de los adivinos, á *Iredj*, el más joven, el lugar céntrico de la monarquía, el trono de Irán. *Selem* logró el Occidente, y se estableció en *Sardes* (Sursan), *Tour* alcanzó el Norte y se fijó en *Kenehsar*.

Feridoun, reservándose la inspección política, se retiró á *Saryshehher*, al seno de las delicias de su haren y á los placeres de su brillante corte. Apenas habían trascurrido tres años, cuando estalló entre los hermanos la división que había de producir sendos disgustos; la ambición y envidia sirvieron de lazo de unión á los dos hermanos mayores contra el schah del Irán. Ya habían destruido las insignias de *Djemschid*; el dragón y el zodiaco reemplazaron al antiguo estandarte encarnado y al sol de Faristan. Se dirigen á *Afridoun*, reclamando

(1) Es la tiara, con la que se cubren los príncipes de Oriente. Son detalles tomados del *Schah-Nameh*. (*Mouradja d'Ohsson*, Cuadro del Oriente.)

do con energía y amenazas su protección.

Agobiado de dolor el anciano monarca, ensayó, aunque en vano, ponerlos en verdadera armonía. *Iredj* desfallece delante de sus hermanos; quiere conjurar su cólera, y propone una entrevista en las riberas del Oxus. *Tour* y *Selem* se contienen al punto; los tres hermanos, sentados sobre sus cogines de oro con pedrería, discuten con calma sus propios intereses; pero bien pronto *Tour*, ciego de odio, pierde su calma aparente, coge su asiento, y le arroja sobre la cabeza de su hermano; *Iredj* se vuelve hácia *Selem* y le implora su socorro; *Selem* se levanta, y abalanzándose sobre él, le arroja al suelo, y *Tour* le da de puñaladas. Aquí tiene lugar una escena de atroz barbarie y de infame irrisión. Los dos hermanos cortan en pedazos el cadáver del otro hermano, le guardan en un cofre ricamente decorado, y le envían á su padre; un oficial acompañaba aquel horroroso convoy para anunciar á *Feridoun* la vuelta de su hijo amado. El desgraciado padre, inconsolable, no cesa de llorar y maldecir á sus hijos; su única esperanza es la de poder conocer algún vástago de *Iredj*.

En medio de todas estas discordias, tiene lugar la ruidosa conquista de Nino; los anales de la Caldea han conservado el recuerdo de la resistencia de Bactras, *Balk*, y de los esfuerzos del Irán.

A pesar de estas divisiones, el pueblo sabía defender su independencia; fueron necesarias numerosas campañas para obtener el tributo de la Bactriana, y muchas veces la gloriosa *Semiramis* debió tratar de subyugar á enemigos que con tanta frecuencia se rebelaban. Cuando ella se fué retirando, los príncipes del Irán fueron los primeros en rehusar la sumisión á sus indolentes sucesores. Todos, preocupados con las intestinas guerras de la comarca, impidieron que las tradiciones locales conservaran siquiera memoria de estas pasajeras expediciones. *Iredj* no había dejado más que una hija, *Mah-Aferide*; *Feridoun* la casó con su sobrino *Peschenk*, y de esta unión nació el famoso *Mino-Tscheher*.

Educado por su abuelo en el arte de la guerra, y confiado en las predicciones de los adi-



vinos, el joven príncipe marchó contra Selem y Tour Balk (Bactras), es el lugar del combate; ilustres campeones de uno y otro campo, ejercitados por la larga experiencia de las armas en los *Cjenk*, torneos, van á decidir de la suerte del imperio. El traje antiguo, propiamente aryano, se representará con frecuencia en las relaciones de estos primeros siglos. Los héroes se baten con arcos, lanzas, sables y toda clase de armas conocidas; la lucha está indecisa, y los dos ejércitos adelantan sobre sí mismos. *Mino-Tschehen* va persiguiendo á Tour, y concluye por darle alcance; le corta la cabeza y se la manda á Feridoun. Orgulloso por tal resultado, marcha contra Selem, á quien alcanza en la pelea; córtale asimismo la cabeza, la coloca en una lanza y la lleva en son de triunfo al anciano monarca, que le proclama *schah* y le llama *Kinehesh*, vengador. Los votos de Feridoun se habian cumplido; abandona el trono, y va á terminar su larga y fabulosa carrera en los goces de Saryshehher.

El vengador de Iredj descansa de sus triunfos, y el imperio disfruta de una paz profunda durante su reinado. No encontrando la tradición acciones dignas que narrar de este príncipe, complácese en contar los amores y aventuras de los héroes del Irán. Tal es la historia del famoso *Zál* y de la hermosa *Rondhabé*; tales son también las hazañas de *Sam*, contra los monstruos del Kabul y los prodigiosos hechos de *Rustem*.

Después viene el Shah Nudem, á quien los astrónomos habian proclamado bienaventurado, el resplandeciente (*Firuz*), que no fué más que un tirano y un cobarde. Deja á su país presa de las invasiones del reino rival de Turán y de su rey *Peschenk*. Este desastroso reinado, no es más que una serie de rebeliones entre los tributarios y súbditos del Irán. Es la época de la conquista de Sesostris; es el tiempo de Moisés y de la peregrinación por el desierto. Dejemos un puesto al conquistador de Egipto.

Suspendamos aquí las relaciones de las leyendas, para procurar sacar de ellas el único hecho que interesa en verdad á la Historia, á saber: no ya la división del antiguo imperio

iranio en dos ramas rivales salidas del mismo origen, *Irán* y *Turán*, sino la lucha de la raza irania contra la raza turania. En verdad, más que una lucha intestina, es el choque de dos familias de pueblos enteramente distintos, separados profundamente por las costumbres, por la religion y por las instituciones; es el antagonismo de la raza de Jafet, descendiente de los aryás, contra los descendientes de Cam, los dasiyus de la India y turanios de la Persia (1), los blancos contra los amarillos. Sin duda que hubo encuentros, disturbios, alternativas de victorias y de derrotas; pero en el fondo, la población quedó la misma; la conquista no la ha alterado en siglos enteros (2). Así que, durante estos primeros siglos, y á través de estas relaciones mitológicas, la Persia se presenta á nuestra vista con todos los caracteres propios de las vastas monarquías del Asia. Fuerte y pujante cuando un hombre de acción sabe colocarse á la cabeza de ejércitos enteros, para hacerlos penetrar en las naciones vecinas, recorriendo á su marcha las comarcas vencidas, sometiendo los imperios y haciéndoles tributarios, llevándose cautivos y tesoros. Después, cuando este jefe hubo salido de la tierra para ocupar el cielo, vuelve á caer en la inercia, hasta que un conquistador árabe ó caldeó viene á subyugarla á su vez; tal es la monarquía irania bajo el concepto políti-

(1) «El *Turán* es para los iranos el nombre genérico de todas las hordas nómadas del centro y del norte del Asia, en oposición al *Irán* y á sus naciones secundarias. En la nomenclatura sanscrita de los tiempos védicos, la palabra toma la forma de *Turvasa*; en los tiempos posteriores, la de *Turuchka*. Estos diferentes nombres, en uso entre los aryas de los siglos más remotos, no son, al menos así está indicado, más que formas modificadas del nombre de los *turcos*.» Vivien de Saint-Martin, *Anuario geográfico*, 1863 (Asia), pág. 261.

(2) La unidad de la familia turania parece hoy ya demostrada, ó al menos se cree generalmente, en la fraternidad nativa de todas las ramas de esta familia, aun las más alejadas y distintas, tales como los chinos y los turcos, los samoiedos y malteses. Tal es, á lo que parece, el resultado de las investigaciones más modernas y más profundas. Véanse los trabajos de MM. Rask, Schott, Castren, Gabelentz, y especialmente la *Carta á M. Bunsen*, de M. Max Müller, analizada en el *Anuario geográfico*, por M. Vivien de Saint-Martin, 1863.



co. Además, la identidad es aún más palpable entre ella y los imperios asiáticos, por las costumbres, por el gobierno, usos y religion. Allí también el lujo y la corrupción hacen rápidos progresos; algunas generaciones bastan para que los descendientes de Kasiomorts sustituyan á las pieles de las bestias, que vestían sus antepasados, las materias preciosas de la China y de la India. Los reyes tienen harenes numerosos, donde encierran las mujeres cautivas, *Bannu*, instrumentos de sus placeres, entre las cuales el capricho ha de elegir una para decorarla con el título de *Bannu-y-Bannuyan* (princesa de las princesas).

Encerrado en *Istakhar*, Persépolis, en su palacio de cuarenta columnas (1), entregándose de tiempo en tiempo á las adoraciones de los elegidos, á quienes su categoría les permitía pasar libremente el umbral de este impenetrable santuario; no saliendo nunca sin cubrirse el rostro con un velo, porque no deslumbrase con su esplendor á los mortales; juez supremo de la vida y de la muerte de sus súbditos; descansando por lo que hace á la administración interior en los gobernadores de provincia, y consultando á veces al *Davan* sobre asuntos del Estado, el *Gchein-Gchah*, el rey de los reyes, reinaba como un Dios sobre las cuatro clases de los *parsis*: sacerdotes, guerreros, labradores y artesanos. Desde el rey Djemschid subsistía esta división, cuidadosamente conservada por los sacerdotes, que se aislaban así de las masas, dominándolas con la altanería de sus mentiras científicas, con sus experiencias medicinales, y especialmente con sus artimañas theúrgicas.

El sabeismo, importado de la Arabia y secundado por la idolatría, habia sido maravillosamente cambiado á su capricho. El fuego del cielo, el planeta Azer, objeto de los homenajes primitivos de los *parsis*, vino á ser la clave de todo el cortejo celeste; animáronse los astros, tomaron parte en los asuntos de acá abajo, y les erigieron en soberanos

(1) Los habitantes de las ruinas de Tshell-Minar (Persépolis), muestran con orgullo la estatua colossal de *Rustem*, el héroe de la Persia. (Irish Rambler, citado en los *Anales de la filosofía cristiana*, t. VI, pág. 111).

á voluntad de los *magos*, *maghs* ó *mugh-beds*.

Así se iba borrando insensiblemente la tradición patriarcal. El Eterno, único objeto de la adoración de los primitivos aryas, vióse bien pronto suplantado por la legión de sus ángeles, *Férischté*, que ellos mismos cedieron á los astros del firmamento, á los ídolos, al fuego; símbolo terrestre de la llama incorruptible que anima á los soles de la noche. Por mucho tiempo las súplicas y los votos eran dirigidos á lo alto y á presencia de la bóveda celeste, y á la vista de las divinidades que imploraban. Después fué necesario levantar algunos edificios para encerrar el fuego sagrado y preservarle de toda inmundicia. Pero estos templos eran extraordinarios, y por lo mismo más imponentes: el de *Tebriz* dió su nombre á toda la comarca, *Azer-Baya-Djian*. Era necesario una excesiva pureza en aquellos edificios consagrados. Los cadáveres especialmente, eran lanzados de su recinto con horror. Por lo demás, el respeto al fuego se extendió bien pronto á los otros tres pretendidos elementos. Los muertos ya no se confiaban, ni al aire, ni á la tierra, ni al agua; esto hubiera sido mancillarles. Los *parsis* se determinaron á exponerles sobre altos terrados construidos al efecto, al rededor de los que habia infinidad de buitres y de cuervos; estos pájaros se encargaban de concluir con los cadáveres, y tres días después de esta clase de sepulturas se quitaban el luto y daban en honor del difunto un espléndido festín.

Hé aquí lo que era en aquellos tiempos lejanos el gobierno despótico, las costumbres indolentes, la religion idolátrica de la Persia. El comercio, el lujo, la corrupción, la efímera grandeza, la decadencia inmediata, y sobre todo esto, el olvido gradual de la verdad y la invasión completa del error. Resumiendo este periodo, diremos: que la conquista egipcia termina aquí y abre una nueva era para esta monarquía. Al concluir la invasión extranjera, van á renovarse y recrudescer las luchas intestinas de dos reinos vecinos y enemigos, los del Irán y del Turán, hasta el día señalado en que vengan á cumplirse á su vez en la persona de Ciro, el Predestinado, los planes de la Providencia.